

*Cuerpos mejorables desde la educación.
Cuerpos deteriorados por la fatalidad.
(Análisis histórico hasta la modernidad)*

BERNABÉ BARTOLOMÉ MARTÍNEZ

Departamento de Teoría e Historia de la Educación.
Facultad de Educación-Centro de Formación del Profesorado
Universidad Complutense

RESUMEN

El artículo titulado «*Cuerpos mejorables por la educación, cuerpos deteriorados por el hado*» estudia, desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna dos hechos diferentes: los cuerpos mejoran libremente por el ejercicio y la educación, como meta prefijada, o solamente por alcanzar el triunfo como en el caso del deporte o los juegos olímpicos. Los cuerpos poseen, a veces, defectos físicos o psíquicos que fatalmente limitan su desarrollo o que han sido elegidos así por penitencia o interés.

ABSTRACT

This article titled: «*Figures improvable for the education, figures degraded for the fatality*» study from ancient times until the Age Modern two incidents diverser: the figures improvent freely for the practise and the education, as limit determine or only for acquire the victory how this sport or olimpics games. The figures havent, sometimes, defects phisicals or psyquicals that fatedly limitent her development or preferent so for penitence either sef-profit.

PRENOTANDOS

No podemos pasar adelante en nuestra exposición, sin haber fijado previamente el sentido de los términos aquí utilizados. Se dice en el argot académico «*in melius*» (a mejor) cuando algo puede «mejorar», perfeccionarse. Se dice «*in deterius*» (a peor)

cuando alguna cosa se «deteriora», pierde en su naturaleza. Al hablar aquí de «cuerpos mejorables por la educación», dejamos de lado el concepto pesimista platónico de este último término, como algo supeditado a la herencia generacional y la apreciación optimista aristotélica, como capacidad, sin límites, de innovar y conformar, para acercarnos a una tercera vía y entender el término «educación» como ejercicio intencionado para conseguir una meta, mientras que la formulación de «cuerpos deteriorados» por la mala fortuna, por el hado, por la fatalidad, se ha de interpretar como una marca previa y la lucha necesaria o resistencia contra ese destino.

Esta doble consideración, unas veces «positiva» cuando afirmamos que el cuerpo humano puede mejorar mediante la educación, otras veces «negativa» cuando decimos que existen cuerpos que se deterioran por la presencia fatal de una circunstancia adversa, nos sirve para dividir la exposición presente en dos partes, bien definidas, siguiendo la cronología histórica o la realidad impuesta a la vida del hombre.

1. Cuerpos mejorables

«Los elementos constitutivos de las cosas son: Agua, aire, fuego y tierra» (Frag. «Empédocles» H. Diels).

La creencia en este planteamiento estuvo vigente hasta que, en 1661, Robert Boyle, físico y químico irlandés, formuló una definición moderna del concepto de elemento. Posteriormente Cavendish inventó que el agua está compuesta de elementos más simples como el hidrógeno y el oxígeno y Lavoisier últimamente ha demostrado que el aire no es elemento simple sino un compuesto de oxígeno y nitrógeno, de la misma manera que la tierra y el fuego son compuestos, poco definidos (Alberto Casas, pp. 37). Antes del descubrimiento de Boyle, se pensó que, mediante el ejercicio físico necesario o libre, estos elementos fundamentales en la naturaleza podían ser mejorados y perfeccionados.

El cuerpo humano puede acceder a una situación de mejora, de fortalecimiento, bien porque existe una necesidad o bien por el puro placer del crecimiento y el empeño gratificante de adquirir ciertos dominios o alguna nueva destreza.

1. **La educación militar** o la preparación del cuerpo humano para la lucha, como necesidad impuesta para la victoria, surge con la aparición de la etapa humana, llamada «De los Imperios». Previamente «el hombre primiti-

vo», errante y desinstalado, pastor y cazador por oficio y con un régimen patriarcal, genético, tribal, desde la única cultura de la supervivencia, de la imitación, de la mitificación de toda fuerza superior y de una soledad inco-municada y selectiva, no tiene educación alguna, no lucha con el otro hombre, solamente con la fiera sin condicionamientos previos. El hombre de los «impe-rios», con la consiguiente masificación en un solo y amplio terreno, y régimen personalista, regulado por la unidad de los signos comunes de lengua y reli-gión y gobernado por unas mismas leyes, lucha y pelea con el «otro» o «los otros» y se prepara y educa para ello.

Los imperios de «talante religioso» y ceremonial, como el chino, selec-cionan con cuidado a sus «maestros», entre ellos a Confucio, que les prepara para la convivencia y acercamiento a la tradicional nobleza aristocrático-hered-itaria y presenta su Kiun-tsé (caballero u hombre superior) para dirigir al hombre menor en su lucha contra «el otro», siempre dual pero nunca contra otro pueblo, fortaleciéndose y previniéndose con una larga muralla y las ense-ñanzas guerreras individuales del Kun-Fhu. Por su parte el pueblo hindú, tam-bién de marca religiosa, estima que el soldado procede del pecho del gran Brahma, en cuya paz encontraría también el militar su nirvana, bajo las ense-ñanzas del guru, que recomienda igualmente a éstos el baño en el río Ganges para restañar heridas y fortalecer los músculos, según narran los Vedas. Otra raza de talante religioso van a ser los palestinos. Según el Viejo Testamento el hombre es pacífico porque de Dios viene la paz y solamente, pugnará como luchó Abrahám y luego David contra los filisteos, invocando siempre el nom-bre del Señor de los ejércitos para que salga con ellos a la lucha. Esta sola-mente la harán por defender la honra de Dios y su especial pacto con este pue-blo elegido La educación teocrática de este pueblo tenía por lema la paz, como su ciudad santa. Pueblo caminante y profundamente ceremonial no buscó la guerra con sus adversarios ni preparó a su juventud para la batalla. Los pue-blos del Imperio Egipcio, mitad agricultores y mitad guerreros, abocados a los dos grandes mitos de Osiris y Heliópolis, con sus pirámides y faraones, sus escuelas de los escribas y el duro castigo corporal iniciaban pronto al hombre libre, no esclavo, en su preparación militar, esperando que el faraón, (tragado. en tiempos mosaicos por el mar con sus carros y caballeros en la persecución del pueblo hebreo (Prov. 14.1) convoque a la guerra para determinar sus lími-tes con los medos, teniendo en cuenta que la suerte del soldado podía ser mejor que la del escriba: «*aunque de niño se le encierre en un cuartel y un gol-pe doloroso en el vientre y en la cara, como se tiende o se golpea un papiro, sea la primera prueba de su educación militar*» según refieren «Las enseñan-

zas de Amen-en-opé». En estos pueblos todo hombre libre se educaba para la guerra y era soldado del Faraón. La preparación militar del pueblo persa o medo era aún más rígida y exigente. La «Cyropedia» nos narra con cierta plasticidad y verismo todo el proceso de formación del militar persa y su acceso a la nobleza necesaria. En el antiguo Irán, más cerca de Alejandro Magno, que del propio Ciro, según recuerda Jenofonte en su *Cyropediaba*, a los niños se les enseñaba a montar a caballo, servirse del arco, cazar alimañas y decir la verdad ya que el ejercicio y aprendizaje del manejo de las armas duraba hasta los veinte años (*Cyrop.* 1, 2, 9.). El noble, el príncipe y el rey han de ser los modelos del guerrero perfecto pues en la tumba de Darío se lee:

«He sido un amigo para mis amigos, me he mostrado el mejor caballero y el mejor lancero, he sido clasificado el primero entre los cazadores, he sido capaz de hacerlo todo».

En los llamados «imperios culturales», es decir, Grecia y Roma, la preparación militar había de ocupar, en algunas épocas de su vida histórica, situaciones de privilegio. La *paideia* teórica general de Grecia, tanto para el militar como para el hombre olímpico, es la «*kalokagathía*» (*kalos kai agazós*: bello y bueno) y la educación latina exige, también en ambos casos «la humanitas», a partir de la expresión de Juvenal («*mens sana in corpore sano*»: una mente sana en un cuerpo sano). La praxis es más compleja ya que el mundo griego, desde Homero, en su rapsódica *Iliada* y en la más original e intencionada *Odisea*, se nos describe con cierta puntualidad la situación del estamento militar primero griego. Aquí se mezclarán los sentimientos, las más altas esperanzas, los más grandes conflictos y como solución el campo de batalla. Se trataría de una educación heroica y agonal (González Aja, pp. 31-46). Se identifica con sus héroes principales Aquiles y Ulises. Pero no podemos olvidar la actividad y el espíritu guerrero de Esparta que seleccionaba a sus soldados precipitando a los inútiles desde el Taigeto o habituando a los esforzados a comer la «sopa negra», ni podemos omitir el mencionar aquí a las falanges macedónicas de Alejandro, El Magno, (meteco, como su maestro Aristóteles para los griegos puros) con la aportación de muchos artilugios guerreros nuevos, «combatividad soberana» (todavía no militares y «obediencia perfecta») que llega a dominar el entonces mundo conocido con la fuerza de sus armas. El héroe clásico protegido por los dioses, como Aquiles de su madre Tetis, y el guerrero son una misma cosa como se demostrará en la batalla y al mismo tiempo serán ejemplo práctico para todo ciudadanos (Alvira, pp. 29.). Por su parte el «miles» o soldado romano, con

«*soluta*» (soldada o pago), descendiente del guerrero troyano Eneas (Eneida, *passim*) recibe desde su primera edad una educación de dureza en la que ha de aprender los ejercicios del «*cursus*» (carrera) el «*saltus*» (salto), el «*equus*» (el caballo) con el manejo de instrumentos guerreros como la «*lancea*» (lanza), la «*spatta*» (espada), la «*sagitta*» (saeta) o el «*scutus*» (escudo), en la «*palestra*» o en la «*la nave trirreme*», según fuera el modelo o lugar de entrenamiento. Fueron célebres por el mundo las legiones romanas y el premio de sus victorias, previa la necesaria prueba o presentación del testigo vencido. El pago eran las tierras o feudos que el emperador distribuía a los soldados vencedores para que en su mayor edad cultivaran el campo.

La Edad Media comienza con la caída del imperio romano por fatiga de un liderazgo prolijo, por una corrupción generalizada o más ciertamente porque los cambios que se venían operando en la política, en la economía o en las costumbres de modo que no permitieron prolongar por más tiempo la permanencia del concepto y de la vida del imperio. Los pueblos invasores, los bárbaros dominaron la tierra, las vidas de los hombres y la perdida organización familiar pero respetaron la cultura latina fuertemente ligada a la milicia. Las familias, movidas por el ansia del poder, lucharon entre sí con dominio de la sangre y los clanes cerrados. En España el movimiento acentuado de las clases sociales y la presencia, a partir del siglo VIII, del pueblo musulmán con nosotros, generó un resurgir, bien que esporádico y ocasional, de las artes de la nueva guerra y entre todas las figuras se alzó la del noble y del caballero. Para su educación escribieron y dieron normas San Isidoro, el rey Alfonso III «El Sabio» o Ramón Llull. Un autor moderno llega a constatar, después de leer a Platón o al rey «Sabio»:

(...) El caballero podía ser ignorante, zafio y analfabeto, pero no torpe en el manejo de las armas o con una constitución física deficiente»,

pero ya después de la lectura de San Isidoro, quien exige que le educación física sea capaz de configurar una:

«adecuada figura varonil de los miembros, un cuerpo endurecido y brazos, a la vez que un ánimo esforzado»,

resume,

«para ello habría que acostumbrar al futuro caballero y practicar a lo largo de los años, subir y bajar montañas, a navegar y remar, a

luchar, correr y saltar, a lanzar la jabalina, a montar a caballo y a cazar, actividad muy semejante a la militar y practicada a lo largo de los siglos, como la mejor manera de mantenerse en forma» (Delgado, pp. 62-63),

y estimamos, por nuestra cuenta, que el aprendizaje con el animal puede ser el ensayo mejor del encuentro belicoso con el hombre. Desde el momento en que se definieron las clases sociales en los siglos XII y XIII, hispanos y europeos en la clerecía u «*oratores*» en el pueblo llano y servidumbre o «*laboratores*» y en la nobleza e hidalguía «*los bellatores*», se entiende que Ramón Llull afirmara:

«que el escudero aspirante a caballero tendrá nobleza de espíritu, nobleza y salud corporal»

y por su parte el caballero en su oficio:

«habrá de preocuparse por la buena preparación del cuerpo y disposición del alma. (...), tener castillo y caballo para guardar los caminos y para defender a los campesinos (...), desafiar a combatir al traidor (...), tener brillante su arnés y velar por su caballo» (R. Llull, p. 345).

En la práctica el hombre medieval es peleón y guerrero por la lucha permanente por mantener los orígenes sociales o por contraposición a su modo habitual de vivir desinstalado, peregrino, siempre arriesgado y abocado a situaciones límite. La lucha constante por defender el territorio y la religión frente al pueblo árabe pobló de atalayas avisadoras los altos de las montañas, de Castilla principalmente, levantó cadenas de castillos defensivos y fortalezas e hizo rasaciones y planificó eremos con extremaduras estratégicamente establecidas (Gonzalo, pp. 10-11).

En la edad Moderna (siglos XVI, XVII y XVIII), en cuanto a la preparación teórica sobre el arte militar o los deberes del caballero, encontramos los Tratados de Educación de Príncipes, ya que tanto el rey como el noble, cabeza, modelo y resumen personal de los valores de sus gobernados ha de poseer, además de una buena preparación física, las virtudes morales en alto grado y el conocimiento de las cosas del Estado (Bartolomé, 289-301). El tema de las Armas y de las Letras está suficientemente informado en nuestros escritores

de la modernidad. No podemos olvidar que Cervantes, Lope, Quevedo o Calderón de la Barca fueron soldados y hombres de letras notabilísimos. El primero de los autores citados recuerda en su «Curioso discurso sobre las Armas y las Letras (cap. XXXVIII):

«(...) Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz y que en esto hace ventaja al fin de las letras, ven-gamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas y véase cuáles son mayores» (Cervantes, pp. 286-287).

Nuestro escritor se detiene en hacer una comparación entre la vida del joven estudiante (letras) y el joven soldado (armas), con mucha experiencia sobre ambas situaciones, Cervantes señala que las dos profesiones son exigentes y duras. Finalmente Baltasar de Castiglione refiere en su obra *Il Cortegliano* y señala las virtudes del «perfecto cortesano» a quien sólo pide que sea, en cuanto a las letras *«más que medianamente erudito»* pero exige de él, en cuanto soldado y dispuesto a luchar por la patria, educación física, destreza en el manejo de las armas y verdadero ardor y valor para defender a su rey o a su patria (Castiglione, pp. 22-39). En la parte práctica, es prudente recordar cómo la Edad Moderna, admitida la dignidad del hombre proclamada por todos los ángulos geográficos conocidos, la ambición y necesidad de la paz, no es fundamentalmente guerrera, si exceptuamos algunas de las Guerras de Religión y la famosa «Guerra de los 30 Años» (1600-1630) o la misma «Revolución Francesa» (1789) en las que se perfilan nuevos límites geográficos e ideológicos para la Europa de entonces. De cualquier modo, es fácil pensar que tanto la acción de las célebres Ordenes Militares, como la del noble y del caballero, fueron preparaciones individuales y que las academias o seminarios de nobles fueron palestras de aprendizaje de ceremonias y de artilugios de defensa personal.

2. La educación olímpica o amateurista adquiere una dimensión distinta a la educación militar obligatoria y necesaria para el ejercicio de ciertas funciones. En el olimpismo o amateurismo existe plena libertad, no hay pago ni soldada, sí placer en el ejercicio o la competencia y ambición por batir una marca determinada, siguiendo aquello del lema olímpico: *«altius, citius, longius»*. Pierre de Coubertin (1863-1937) decía: *«Nada en la historia me ha impresionado tanto como Olimpia»*. Allí habían nacido los Juegos o Competi-

ciones y por ese recuerdo y con ese nombre los había restaurado Coubertin para que la juventud europea recobrase el nuevo espíritu de la competición y de la maduración del alma y del cuerpo. (En estos días, 20 de septiembre de 2000, se celebran los Juegos Olímpicos en Sidney, Continente Nuevo). Pero ya no sólo sería el premio del manojito de mirto coronando las sienes del vencedor como sucedió a Coreibos primer vencedor de juegos (776 a d C) sino a veces la búsqueda del amor, como aconteció a Pélops, que dio nombre al Peloponneso), y que hizo su carrera a pie por la mano de una princesa o el encuentro con la gloria cuando un soldado de Maratón cayó muerto en el ágora de Atenas, después de caminar 42, 195 kms. para anunciar la victoria griega frente a los persas (490 A/C). Lo cierto es que el pueblo griego reconoció en el Atleta o Gimnasta (desnudo) el ideal de la raza y consagró con sus mejores esculturas el triunfo en la Olimpiadas. De esta manera se consagró el Dorífero de Policleto (al que adjudicó su conocido canon de dimensión corporal), el Discóbolo Lancelotti de Mirón, el Auriga de Delfos o el Niño Jinete de Artemision y la pintura de la taurokathapsia (salto por encima del toro) de la época minoica o la del Vaso de Vix con el Cuadriga de Chatillon. Ciertamente que la Naturaleza, el Amor, y el Deporte estuvieron presentes en el amateurismo de la Grecia Antigua (López Eire, 11-30) y luego en el Renacimiento cuando volvió el espíritu clásico al arte y a la vida de los ciudadanos. En la Roma latina, que también celebraba su origen divino en los Niños amamantados por una loba, Rómulo y Remo, hijos del amor de una Vestal, hasta entonces virgen, y de un Dios desconocido, solamente conoció los Fiestas Saturnales, la palestra, el anfiteatro y el coliseo con la lucha desigual de hombres con gladiadores o con las fieras. Pero toda la grandeza de su olimpismo se fue trasladando a las actividades de la vida, hasta la enseñanza primera se llamó «Ludus litterarius» y la educación física se basaba en el «Ludus Saltatorius» (por esa razón fueron célebres allí las *Puellae saltantes Gaditanae*). La «virtus» romana tenía de amateurismo y libertad todo cuanto abarcaba su nueva sociedad y la búsqueda del arte y del honor.

Durante la Edad Media hispánica y europea, se perdió el sentido de competición pública, pero no se perdió la costumbre de las celebraciones de fiestas, torneos, palestras y duelos por venganza, legales. Casi siempre la división de las clases sociales forzó entre cada una de ellas una fuerza asociativa notable para defender privilegios o adquirir nuevas cuotas de dominio. Los debates verbales por encontrar más ajustado el amor del clérigo o abadón frente al soldado o el estudiante, se inventaron decires y coplas en las que, bajo el pretexto de «Fiestas de Locos» (Tropé, 433 pags.) en las que el pueblo llano tenía la

oportunidad de censurar las acciones del poder (enriquecido por crónicas y loas interesadas) o bajo el pretexto de la «Fiesta del Obispillo» en las que la jerarquía clerical quedaba el Día de San Nicolás o el Día de los Santos Inocentes expuesta al juicio y el debate verbal de los más pequeños en el reparto de poder y significación catedralicia o seminarial (Bartolomé, 139-193).

La etapa de la modernidad (XVI, XVII y XVIII) individualista y sensual no se expone al ridículo público que supondría una derrota en la palestra, ya que comunitariamente celebra y asiste a grandes manifestaciones públicas, eclesiásticas o profanas, de iglesia o de teatro, y si en el siglo XVI predomina el galanteo y la pugna amorosa, que ya comenzó en la Edad media con Dante, Petrarca o Bocaccio, en el siglo barroco del XVII, principalmente en España, todo se convierte en un encuentro con el sueño, la ruina, la ficción y el espectáculo cuando no interviene la ascética para en el mismo teatro de mano de Tirso de Molina en su obra «El Mayor Desengaño» decir el consabido estribillo ignaciano:

«¿Qué importan letras, estudios/dignidades, honras, grados, libros, cátedras, oficios/si se condenan los sabios?»

Para el siglo XVIII quedaría reservada la poesía amatoria, lejos de cualquier tendencia competitiva y así la reconocemos en la poética de Meléndez Valdés o de Leandro Fernández de Moratín.

2. Cuerpos deteriorados

«(...) Y ví, un caballo blanco y el que montaba sobre él tenía un arco y le fue dada una corona, y vencedor» (Apocalipsis, 6,1,2).

Los cuatro Jinetes del apocalipsis de colores blanco, negro, rojo y pálido, significan, según San Juan, El evangelista (autor del Apocalipsis) y en la interpretación última de Blasco Ibáñez, «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis» la destrucción y la derrota del hombre.

Los hados, la fatalidad, como en el caso de Aquiles, que es asaeteado por Paris en el mismo talón que su madre Tetis no había mojado con el líquido inmortal, ya que así estaba decretado o la cruda realidad, lejos ya de cualquier simbolismo poético, deterioran, desmejoran nuestro cuerpo. Podríamos señalar como los enemigos más enojosos e involuntarios, que no los únicos, a la

pobreza, a la marginación, la enfermedad y la muerte que como los «Cuatro Jinetes Apocalípticos» sobrepasan la vida normal del hombre y deterioran notablemente el cuerpo humano. Vamos a analizar los efectos de estos jinetes y caballos devastadores. Dentro de las circunstancias de tiempo y espacio y de la calidad y cantidad.

1. **La pobreza**, como carencia de lo necesario para vivir con dignidad y de modo suficiente, tiene un sentido y alcance distinto en cada momento histórico y en relación con el motivo religioso o profano para buscarla o soportarla. Si en el siglo XIII de la Edad Media, «il Poverello de Asís» propulsaba una pobreza de voluntario desprendimiento cristiano, como sublimación de una carencia impuesta, en la que el hombre medieval, desinstalado y siempre expectante, se sentía inmerso, en el Renacimiento la consideración de la pobreza, desde Luis Vives «De Subventionem Pauperum» tiene carácter social, en consonancia con la aceptada doctrina de la dignidad del hombre, sin que faltara, entre nosotros, un largo discurso polémico para deslindar su concepto moderno entre la corriente cerrada a la mendicidad pública del benedictino Robles o el jesuita Mariana o entre el movimiento más abierto a la cuestación o pordioserismo indiscriminado (Bartolomé, pp. 33-50). La investigadora Carmen López Alonso hace una distinción necesaria, para la Edad Media hispana, entre pobreza voluntaria e involuntaria.

En todos los tratados sobre el tema se describen tipos de personas, grados de pobreza y características personales y sociales de esta pobreza, mientras que, por nuestra parte, señalamos que las causas de la pobreza, en general, voluntaria pueden ser biológico-psicológicas y o sociales o también aceptadas por principios de formación cristiana, imitando así una pobreza evangélica.

En último término, ¿los pobres son necesarios en la vida social? (Geremek, 23-27). En la Patrística y según la misma precisión evangélica. se dice: «*A los pobres los tendreis siempre con vosotros*» (Math. 26, 7-14).

Según Maza Zorrilla (Valladolid, 11-26) los pobres han sido siempre contados, (también y todavía en el Catastro del Marqués de la Ensenada, del siglo XVIII) como pordioseros o pedigüños, de solemnidad, vagabundos, maleantes, marginados y vergonzantes, mientras que el grado y la calidad o cantidad de su pobreza dependería de sus condiciones personales y sociológicas.

Además del discurso histórico en torno a la pobreza, ya aludido, en la parte práctica se ha estudiado la respuesta social a este fenómeno, que por una parte, nos instruye sobre la geografía del pauperismo y por otra, la capacidad de atención social a este hecho humano punzante y grave en la vida de los

seres que viven en este mundo. Vemos que el fenómeno de la pobreza y del pauperismo, en todas sus modalidades, es general y no específico de una u otra nación, si bien se hace más visible, de modo casi contradictorio, en las naciones más prósperas y con mejor clima (Carasa Soto, 21-29). La respuesta es de la sociedad o de la iglesia, como fuerzas primarias, según el principio orientador y como resultado desencadenante de malas cosechas, por crisis laborales o por catástrofes imprevistas, ha sido, corriendo los tiempos cada vez más positiva, a juzgar por los centros benéficos y de atención al pobre (Santolaria, pp. 29, 43, 105, 173. o Ruiz Rodrigo-Palacio Lis, pp. 19-75 o Tarifa Fernández, pp. 21, 31, 75, o Barreiro-Rey, 6-46 o Riu, pp. 287-311).

El cuerpo del pobre, siempre enfermo o desnutrido, encontrará un modo de rehabilitación y recomposición, según las atenciones de alimento y vestido que recibiría en los centros de acogida. La situación de pobreza, que podía afectar a la persona, ya desde los primeros años de su vida, procedía, casi siempre, de una mala herencia y de la falta de medios que habitualmente se transmitía de padres a hijos y sobre cuya interpretación y posible solución cuanto a los aspectos teológicos, administrativos y humanos no se pusieron casi nunca de acuerdo los arbitristas y calculadores de los siglos XVII y XVIII hasta que una política más práctica y real acabó con estas elucubraciones y se encontraron soluciones legales más ajustadas, de acuerdo con cada situación distinta y variante (Bartolomé, pp. 33. 50).

La marginación del hombre y de la mujer fue siempre preocupación primera de los gobernantes y de las personas constituidas en poder y autoridad. La persona se ha sentido marginada o separada del resto de la sociedad unas veces por su *ideología* y modo de pensar religioso (recuérdese el caso de los judíos, moriscos o herejes entre nosotros), otras veces el ser humano se sentía marginado por las características oscuras de su *nacimiento*, por el *color* de su piel y en ocasiones por el modelo de *profesión* no sólo de cara a la sociedad por la condición de servidumbre o esclavitud sino por la constitución física, en el caso de la mujer, a veces, con una carga de razonamientos de carácter religioso o antisocial concomitantes. Esta fatalidad y modo práctico de segregación han venido influyendo en el modo de ser fisiológico y hasta en la configuración del propio organismo del marginado con unos rasgos distintivos claramente perceptibles en el tiempo, al menos, marcado para nuestro trabajo. Aunque Bernard Vincent se refiera en su libro *Minorías y marginados*, de modo preferente, a los moriscos hispanos en el siglo XVI, es fácil creer con Nilda Guglielmi (Marginalidad en la Edad Media, pp. 329-383 y 429-531) que

ya en la Edad Media herejes y judíos eran objeto de marginación entre la sociedad de modo que hubieron de vivir junto a castillos o en arrabales e ejidos de la ciudad para poder sobrevivir a aquella especie de malquerencia y discriminación de trato social, que padecían. Otra clase de marginación, claramente perceptible en los años primeros de la vida, es el del modelo y modo del nacimiento, al menos en una nación, como la hispana en la que la cuna limpia y el honor fueron siempre en pobres y ricos, timbre de orgullo y satisfacción personal de cada apellido o descendencia racial. La cuestión del niño expósito, con una especial respuesta social positiva y generalizada, al ser considerada esta situación como fruto de una ilicitud religiosa o un abuso de poder de linaje, ha encontrado históricamente una aceptación positiva, como mal menor entre nosotros, ya que cada pueblo o ciudad apoyados por el «padre de huérfanos» ha buscado como nodrizas, unas mujeres mercenarias o procurado una fundación caritativa para dar solución momentánea a situaciones sociales urgentes y fácilmente notables. Las lacras corporales de una deficiente primera nutrición pero, sobre todo, las morales y psicológicas de una falta de calor materno y la carencia básica en la identidad personal, amén de las marcas poco humanas de señalar su procedencia han venido siendo estudiadas con suficiencia y con fechas fácilmente equivalentes y trasladables (Negrín, pp. 51-66). La geografía de este tipo de marginación abarca, nos referimos actualmente a España, a toda el área habitada y ha venido siendo la problemática de la exposición del niño y su orfandad consecuentemente estudiada con mucha frecuencia y a veces como lugar socorrido desde que en Valladolid el historiador y profesor Teófanos Egido se ocupase de la Cofradía de San José y actualmente, y con cierta amplitud, el también profesor Carasa Soto. Los ficheros de las diputaciones provinciales, los respectivos archivos históricos provinciales y el mismo Archivo Histórico Nacional (Leg. 550, 570, 2169, 1569 y 742 *et alibi*) son fuentes de información permanente sobre el tema. Respecto del color de la piel y a pesar de que la Iglesia ha defendido siempre la igualdad de los hombres y la convocatoria generalizada e indiscriminada de todos a la salvación, existen ciertos prejuicios y rechazos históricos, no siempre superados. El comienzo se produjo en los algunos de los indígenas de América, por más que la contrapartida fuera la mezcla de sangre originada allí y, hoy evidente, en la antropología y apellidos presentes. El tema de la prostitución de la mujer (se dice, con alguna suficiencia pero poca verdad, que es la profesión más antigua del mundo), también ha hundido sus raíces en la pobreza y repercutido notablemente en el cuidado del cuerpo. Durante siglos enteros permaneció oculta esta profesión, nunca bien vista por la iglesia ni por el poder de turno, pero ya hoy se

están conociendo detalles de tiempos pasados a través de datos históricos generalizados. Desde la Celestina y la literatura picaresca, hasta las afirmaciones de Deleito y Piñuela en *La mala vida en la España de Felipe IV* o la y las más recientes de Aurora Riviere Gómez *Caidas, miserables, degeneradas* (si bien con referencias escasas al tiempo que abordamos) vamos considerando, sin demasiado asombro, los efectos sociales de la profesión, ya que no tanto los físicos que la medicina los viene minusvalorando y olvidando. La Inquisición y algunas instituciones de la Iglesia han tratado de orientar y corregir conductas pero indudablemente estamos ante una cuestión sociológico-antropológica más que religiosa y, en buena medida, exclusivamente clínica. Definitivamente, hemos de pensar que la marginación, en todas sus variantes y dimensiones, es el caballo, aunque negro, menos devastador y con menores efectos en el cuerpo humano.

La enfermedad, caballo apocalíptico rojo, en sus distintas variantes de taras de *nacimiento*, de *provocación* voluntaria, o la *peste* casual y temporera o de contagio generalizado sí que deteriora el cuerpo humano y merma sus posibilidades vitales y de rendimiento. Generalmente es la herencia paterna por incompatibilidad genética en el momento de la concepción del nuevo ser o por insalvable coincidencia cuando el ser humano viene a este mundo sin posibilidad de alternancia o cambio. Para ellos han dispuesto en los hospitales aquel modelo de sala y atenciones que se llama de «incurables» o «crónicos» y en las familias viene aceptándose esta situación como cuestión de mala suerte o como prueba de fe religiosa. Unos nacieron enanos y otros gigantes, algunos deformes y otros extremadamente «llamativos». En determinados lugares o sociedades alcanzaron éxito pero el juicio definitivo se ha de ver no en situaciones relativas sino en aquellas que consideramos como normales y fijas. Cuando se trata del ejercicio de la penitencia voluntaria por motivos muchas veces religiosos o humanos, algunas veces como la privación de la comida por adelgazar o no engordar no estará demás una orientación técnica. Los ayunos, mortificaciones corporales como el uso de las disciplinas, camas duras, cilicios y otros modelos de castigo corporal por motivos, puramente ascéticos, sí que deterioran el cuerpo humano de la misma manera que las dietas calculadas o el abuso en el consumo de sustancias enagenantes o evasivas para olvidar o superar situaciones extremas no se han de seguir sin considerar la pertenencia a una comunidad, a una familia y a una sociedad, de la que el individuo forma parte sustancial. Algunos, como aquellos que el psicólogo Vallejo Nájera llama «Locos Egregios» con la intención de generali-

zar hasta otros tantos artistas o místicos que rozan los aledaños de la divinidad o «del no sé qué» y otros que, creyéndose iluminados, dotados de poderes especiales, enajenados evidentes si no sufren deterioros notables sí, al menos en su conductas y actitudes, han de soportar situaciones conflictivas. Algunos han soportado mutilaciones corporales por «el Reino de los Cielos» como es el caso legendario de la castración del escritor patristico Orígenes o «por el reino de aquí abajo», por oficio y dinero, como muchos niños de coro en las catedrales o corales primeras, algunos cantantes italianos y los hombres «tiple» de las comedias de Sakespeare, para cubrir la ausencia de voces femeninas. Los hay que soportaron «cárceles de amor» y «dolores de ausencia» han sido objeto de tratamiento literario pero las repercusiones en el organismo, al seguir una moda socio-literaria o como muestra de amor fingido serán mínimas. La peste o enfermedades sociopopulares generalizadas también deterioran el cuerpo pero todo está sometido a la intensidad y capacidad de respuesta preventiva de la comunidad afectada. En estos casos no ha faltado la caridad religiosa y el heroísmo público pero la respuesta oficial geográfica del poder público nacional, provincial o municipal ha venido siendo apreciable en torno a ciertas enfermedades, hoy todavía vigentes a pesar de otras tantas novedades actuales como el tabardillo, escorbuto, el cólera, las viruelas, bubas, etc. De esta manera apreciamos una cadena de hospitales o lugares de tratamiento y curación de muchos efectos de estas enfermedades generalizadas, muchas veces por contagio. Para la zona sur de España y poniendo la atención a centros mayores o lugares más importantes recordamos en Sevilla el *Inventario de fondos sobre Hospitales y centros benéficos sevillanos* de Carmen Barriga y otros, que siguen al titulado *Los hospitales de Sevilla* cuya publicación en cabeza sobre otros 7 autores Fernando Chueca, a los cuales se han de añadir *El Hospital de la Concepción de Baeza. Funcionamiento sanitario y económico*, de Juan Almonacid y otros dos más, donde se analizan la evolución y desarrollo de este hospital baezano, los medicamentos y economía, así como la clase de ingresados, entre los que predominan los apestados circunstanciales y tratados con éxito en el centro hospitalario. En el sur de España todavía pero ya en el siglo XVIII, el libro de García Hourcade *Beneficencia y Sanidad en el siglo XVIII*. El Hospital de San Juan de Dios de Murcia «donde se analizan los aspectos económicos, los ingresos y defunciones pero también y como cosa de excepción, la procedencia (del pueblo bajo y labradores por causas de epidemia) y condición económica de los hospitalizados. En el área levantina hemos advertido la presencia y constancia del Hospital de Locos además de la obra localizada de Agustín Rubio Vela con el

título de *Pobreza, enfermedad y asistencia hospitalaria en la Valencia del siglo XIV* pero en la zona extremeña se ha estudiado la trayectoria del *Hospital de San Sebastián. Notas para su historia*, en Badajoz y por Fernando Rubio García. Si en la zona castellana se ha tratado de unificar la dispersión plural de sus centros de asistencia hospitalaria para casos, (menos frecuentes por su estructura geográfica y distribución minifundista de localidades), de epidemias o pestes, según se indica en el libro de Valentina Gómez Mampaso *La Unificación Hospitalaria en Castilla*, en Aragón y Baleares por medio de Durán Gudiel se habla ya de una tradición hospitalaria (también de acogida y hospedaje viático) en *El hospital de Somport* entre Aragón y Bearn (siglos XII y XVIII) se ha estudiado despacio y en todas sus variantes el hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza por Aurelio Baquero desde el siglo XV y en el siglo XVIII por Fernández Doctor con el título *El Hospital Real y General de Nuestra señora de Gracia de Xaragoza en el siglo XVIII*, cuando se estudia la atención a muchas variedades de enfermos o marginados sociales como las anormalidades psicológicas, los niños expósitos, los tiñosos, pobres, en general, además ciertamente como la economía, farmacéutica, sociológica y estadística. Sin detenernos más y ciñéndonos para terminar al área de Glicia, no podemos menos de recordar la importancia para la curación de toda clase de enfermos y apestados del Hospital Real de Santiago (1499-1804), presentado por Delfín García Guerra de la Fundación Barrie de la Maza en 1983. Los cinco capítulos de este libro están dedicados a analizar los aspectos histórico-jurídicos, docentes y curativos, según los distintos ramos. Puede cerrar esta relación el amplio libro de Juan Ciudad Gómez *El resurgir de una obra* en el que recuerda la acción hospitalaria de los Hermanos de San Juan de Dios en Portugal, Colombia, Andalucía, Aragón Castilla, con especial dedicación a los apestados y enfermos difíciles.

Por último, el caballo macilento y descolorido, en relación con la **muer-**te, necesita una explicación. El paso triste y cansino del animal se asemejaría al del cuerpo humano, *lentamente progrediente e inclinado a una final fatal y necesario*. La muerte como el final de la vida y acabamiento de toda acción humana a veces es violenta (culpable o imprudente) como pago legal a una transgresión grave o una guerra justificada en sus objetivos pero la muerte natural, en la que el cuerpo humano por causa de la enfermedad o consunción permanente se degrada de modo evidente y definitivo. Abundando en la idea de los modos o clases de muerte, recordaremos que la muerte violenta, durante el tiempo que abarca nuestro trabajo puede suceder o porque accidental-

mente el cuerpo humano deja la existencia en la vida o porque la actuación social movida por principios dictatoriales o democráticos, (de tipo fanático político-religioso o simplemente como una ordenación restitutiva de la ley). Aquí resulta oportuno recordar cualquier tipo de persecución y muerte por causas de una ideología concreta creta o la acción de la justicia que cercena una libertad individual mal usada, en perjuicio de la sociedad, penando al paciente con la privación de esa libertad por medio de la retención o cárcel, o la misma muerte (garrote vil y consunción por hambre) después de un juicio que puede considerarse como justo, no obstante las muertes de Sócrates o Séneca, la de César o Cicerón, la de Retógenes o Anibal, las de los mártires y posesos, las de algunos príncipes cristianos o grandes de la sociedad, las de escritores o artistas, las de santos o bandoleros y criminales públicos pueden ser un ejemplo de la variedad de actitudes en el cabalgar y llegar a destino de este rocín macilento que estamos comentando. Los tiempos de la vida del hombre, siempre sometidos al modelo de alojamiento, alimentación y medicinas viene siendo variable y con frecuencia los 50 años de promedio de la vida histórica del hombre hoy se prolonga hasta los 75 años, según las nuevas estadísticas mortuorias. La geografía de la mortandad humana está mereciendo atención especial en los archivos y publicaciones de la modernidad, según se puede constatar en la producción del libro y su presencia en los escaparates de librería *La muerte o mortandad en...* Así es oportuno recordar cómo la novelística se ha preocupado del tema de las actuaciones inquisitoriales (estudiadas ya con suficiencia histórica por Angel Alcalá o Villanueva) en la obra de Raimundo Montero *La Pedagogía del terror católico* o el libro mejor documentado y más serio de Francisco Martí Gilabert *La abolición de la Inquisición en España* donde no está ausente el tema, típicamente español, de los «exámenes de pureza de sangre» ya que sólo el «hombre honrado» o cuerpo limpio de mezclas o herencia sanguínea de moros, judíos o renegados la tercera generación venía siendo, desde los reyes Católicos, condición indispensable para ocupar cargos públicos religiosos o políticos. Dejando igualmente de lado el tema que plantea Michel Foucault en su libro *Vigilar y castigar* cuando trata del cuerpo de los condenados en las distintas partes del libro sobre suplicio, castigo, disciplina y prisión y centrando la atención sobre el discurso y curso de la mortandad en Castilla como región importante en los años que abordamos en nuestro trabajo recordamos los dos libros que la Junta de Castilla-León ha editado. El primero de Ariel Guance, tratando el momento medieval *Los discursos sobre la muerte en la Castilla Medieval* y el segundo de Máximo García Fernández con el título de *Los castellanos y la*

muerte. Religiosidad y comportamientos colectivos en el Antiguo Régimen. Ambos libros, en este caso modélicos, nos permiten prescindir de otras menciones. En el libro sobre la Edad media se nos recuerda el distinto comportamiento de la iglesia y de la política municipal y social ante el hecho de la muerte, el entierro costumbre y el poder de la fe en ese último trance del hombre. En el segundo de los libros y con referencia más concreta a los siglos XVI, XVII y XVIII su autor, nos recordará entre la teoría y la praxis, como en el caso anterior, las diversas ideologías, actitudes y costumbre de los castellanos ante el cuerpo-cadáver en los diversos momentos ceremoniales cuando la iglesia y la potestad civil distribuyen sus funciones con equidad y alternancia. Con idea de resumir y así lo consideramos. Las obras de Eliseo Serrano Martín *Muerte, Religiosidad y Cultura Popular. Siglos XIII-XVIII* y la de Vicente Pérez Moreda *La crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*, aunque aparentemente dispares nos proporcionan una visión global sobre las costumbres, modos de actuar, sentimientos y representaciones (caso llamativo en el primer autor mientras que en el segundo autor citado predominan las fuentes de archivo y las estadísticas con especial referencia a Ciudad Rodrigo). En último término lo que se significa en toda la bibliografía aportada es la destrucción definitiva del cuerpo y su deterioro último. Para la mentalidad cristiana no todo termina en la sepultura sino que existe una nueva vida y una resurrección con muertes ejemplares y resignadas. Para la mentalidad agnóstica y no religiosa, el fin de la vida es el fin de las cosas y del hombre en este mundo. Aquí, como en el caso anterior, además de la magia y el sentido de la trascendencia, vagan otros sentimientos más centrados en el recuerdo, si el fallecido es una persona de cuerpo joven y vitalizado, esta será una alusión permanente si es una persona ya mayor o anciana, las alusiones serán un recuento de pasado positivo y un aliciente para el porvenir de los seres allegados, pero siempre el trance será doloroso y el cuerpo, entregado a la tierra de procedencia, será un cuerpo desvitalizado, sin espíritu, próximo a la destrucción, totalmente deteriorado.

En muchos de los escaparates de librería aparecen libros con el título *Morir en...* Se plantea el mundo del pensamiento y reflexión en torno a la muerte y el conjunto de ritos, celebraciones y, testamentos en relación con el fenómeno humano de la muerte. Teoría y práctica sobre la muerte y el cuerpo humano. En primer término, leemos en el libro de Soledad Gómez Navarro *Materiales para la experiencia del morir en Córdoba...*, preguntas como ésta: «Por qué la muerte?... Las huellas de la muertes dónde están?. Luego precisa datos sobre fuentes de testamentarias, etc... Siguiendo en el sur, observamos

que en Cadiz, según J. M.^a de la Pascua Sánchez *Actitudes ante la muerte en el Cadiz...* En los capítulos iniciales se plantea un marco histórico, la muerte y su entorno y un largo discurso religioso testamentario. Por su parte, Fernando Martínez Gil en su obra *La muerte vivida...*, se refiere a Castilla, principalmente, con un capítulo V que titula: «El cuerpo después de la muerte», tocando el tema de los enterramientos y los cementerios. Finalmente señalaremos dos libros de carácter más general cuales son los de Clara Isabel López Benito *La nobleza salmantina ante la vida y la muerte... (1476-1535)*, o el de F. Javier Lorenzo Pinar. En uno y otro, aunque con el pretexto de referirse a Zamora y Salamanca, se habla de recursos de «salvación», «fundaciones» o «funerales» y también sobre el modo especial de vivir y morir de la nobleza española.

Referencias bibliográficas

- Almonacid, J. et alii. (1999). *El hospital de la Concepción de Baeza: funcionamiento sanitario y económico*. Granada: Universidad.
- Alvira, F. et alii. (1986). *La enseñanza militar en España*. Madrid: C.S.I.C.
- Baquero, A. (1952). *Bosquejo histórico del Hospital real y General de Nuestra Señora de Gracia de Zatozoza*. Zaragoza: Inst. Fernando el Católico.
- Barriga, C. et alii. (1997). *Hospitales y centros benéficos sevillanos*. Sevilla: Diputación.
- Barrio, J. A. et alii. (Eds). (1998). *La fortaleza medieval*. Murcia: Compobell.
- Bartolomé, B. (1993). Educación de príncipes. En, DELGADO, B. *Historia de la educación en España y América*. vol. II. Madrid: Fundación Santa María.
- Bartolomé, B. (1988). Los niños de coro en las catedrales españolas. Siglos XII-XVIII. *Burgense*, 29/I: 139-193.
- Bartolomé, B. (1999). Pobreza y niños marginados en la Edad Moderna. *Historia de la Educación*, 18: 33-50.
- Barreiro-Rey. (1994). *Pobres, Peregrinos y Enfermos. La red asistencial gallega en el Antiguo Régimen*. Santiago de Compostela: Arte Nigra.
- Capitán, A. (1991). *Historia de la Educación en España*. vol. I. Madrid: Dykinson.
- Carasa, P. (1991). *Historia de la beneficencia en Castilla y León. Poder y pobreza en la sociedad castellana*. Valladolid: Universidad.

- Casas, A. et alii. (1999). *Los errores de Narciso*. Madrid: Edit. Complutense.
- Castiglione, B. (1970). *El Cortesano*. Madrid: Espasa Calpe...
- Cervantes, M. (1981). *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Pareja.
- Ciudad, J. (1968). *El resurgir de una obra*. Granada: Archivo interprovincial.
- Chueca, F. (1989). *Los hospitales de Sevilla*. Sevilla: R.A.B.L.
- Deleito, J. (1987). *La mala vida en la España de Felipe IV*. Madrid: Alianza.
- Delgado, B. (1995-96). La educación física del caballero medieval. *Historia de la Educación*, 14-15: 61-71.
- Durán, A. (1986). *El hospital de Somport, entre Aragón y Bearn. Siglos XII-XIII*. Zaragoza: Guara.
- Fernández, A. (2000). *El hospital real y General de N.ª S.ª de Gracia de Zaragoza en el siglo XVIII*. Zaragoza: Inst. Fernando el Católico.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- Galino, A. (1968). *Historia de la Educación I. Antigua y Media*. Madrid: Gredos.
- García Fernández, M. (1996). *Los castellanos y la muerte*. Valladolid: J.C.L.
- García Guerra, D. (1983). *El hospital real de Santiago, 1499-1804*. La Coruña: Atlántico.
- García Hourcade, J. (1996). *Beneficencia y sanidad en el siglo XVIII. El hospital de San Juan de Dios de Murcia*. Murcia: Universidad.
- Geremek, B. (1989). *La piedad y la horca*. Madrid: Alianza.
- Gómez Mampaso, V. (1996). *La unificación hospitalaria en Castilla*. Madrid: Universidad de Comillas.
- Gómez Navarro, S. (1998). *Materiales para la experiencia del morir en la Córdoba del antiguo régimen*. Córdoba: ACO.
- González Aja, T. (1995-96). La educación heroica y agonal en el mundo homérico y su repercusión en las manifestaciones artísticas. *Historia de la Educación*, 14-15: 31-46.
- Guglielmi, N. (1986). *Marginalidad en la Edad Media*. Buenos Aires: Eudeba.
- Guinace, A. (1998). *Los discursos sobre la muerte en Castilla Medieval. Siglos VII-XV*. Valladolid: J.C.L.
- López Benito, C. I. (1991). *La nobleza salmantina ante la vida y la muerte, 1476-1535*. Salamanca: Diputación.

- López Alonso, C. (1986). *La pobreza en la España medieval*. Madrid: M de T. y S.S.
- López Eire, A. (1995-96). Naturaleza, amor y deporte en la Grecia antigua. *Historia de la Educación* 14-15: 11-30.
- Lorenzo Pinar, F.J. (1991). *Muerte y ritual en la Edad Moderna*. Salamanca: Universidad.
- Llull, R. (1961). *El llibre del orde de Cavalleria (1275-1281)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Martí, F. (1975). *La abolición de la Inquisición en España*. Pamplona: Universidad.
- Martínez Diez, G. (1983). *Las comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura Castellana*. Madrid: Editora Nacional.
- Martínez Gil, F.M. (1996). *La muerte vivida*. Toledo: Diputación.
- Montero, R. (1998). *La pedagogía del terror católico*. Alicante: Ponent.
- Negrín, O. (1999). El niño expósito en el Despotismo Ilustrado. Su crianza y educación. *Historia de la Educación*, 18: 51-66.
- Pascua de la, M.^a J. (1984). *Actitudes ante la muerte en el Cádiz de la Primera mitad del siglo XVIII*. Cádiz: Diputación.
- Pérez Moreda, V. (1980). *Las crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*. Madrid: Siglo XXI.
- Rivière, A. (1994). *Caidas, Miserables, Degeneradas*. Madrid: Comunidad.
- Rubio, A. (1984). *Pobreza, enfermedad y asistencia hospitalaria en la Valencia del siglo XIX*. Valencia: Diputación.
- Ruiz Rodrigo, C. y Palacio Lis, I. (1995). *Pauperismo y Educación*. Valencia: Universidad.
- Santolaria, F. (1997). *Marginación y educación*. Barcelona: Ariel.
- Serrano, E. (1994). *Muerte, Religiosidad y Cultura popular. Siglos XIII-XVIII*. Zaragoza: Inst. Fernando El Católico.
- Tarifa, A. (1994). *Pobreza y asistencia social en la España moderna*. Jaén: Diputación.
- Trope, H. (1994). *Locura y sociedad en la Valencia de los siglos XV al XVII*. Valencia: Diputación.
- Vincent, B. (1987). *Minorías y marginados en la España del siglo XVI*. Granada: Diputación.
- Virgilio, P.M. (1970). *La Eneida*. Madrid: Espasa-Calpe.